



Alonso Fernández de Avellaneda en la BNE

21 DE ABRIL a 20 DE SEPTIEMBRE 2015

SALA MÍNIMA, MUSEO DE LA BNE

Alonso Fernández de Avellaneda en la BNE

**FELIPE B. PEDRAZA JIMÉNEZ
(UNIVERSIDAD DE CASTILLA-LA MANCHA)**

Este trabajo es fruto de la investigación que viene desarrollando el Instituto Almagro de Teatro Clásico. Se incluye dentro de los proyectos FFI2011-25040 (I+D) y CSD2009-00033 (Consolider), aprobados por la Secretaría de Estado de Ciencia e Innovación.

EL ÉXITO DEL *QUIJOTE* DE 1605

La *Primera parte* del *Quijote* de Cervantes fue un enorme éxito comercial. Se ha dicho, con razón, que fue un *best-seller* de la época. Sus ediciones se multiplicaron en el mismo año de su aparición. La príncipe —impresa en diciembre de 1604, aunque en la portada se estampó la fecha de 1605— se agotó en unos meses, por lo que el editor, Francisco de Robles, se apresuró a encargar a Juan de la Cuesta, el impresor, una nueva estampa, que apareció probablemente a finales de la primavera de 1605. A esta segunda salida madrileña se le habían adelantado ¡dos! ediciones lisboetas: de Jorge Rodríguez y de Pedro Crasbeeck. Y muy poco después, en el verano del mismo año de 1605, Pedro Patricio Mey imprimiría en Valencia otra nueva tirada. ¡Cinco ediciones en solo un año! ¡Todo eso en una sociedad en la que aproximadamente el 90% de la población no sabía leer!

La historia de don Quijote divirtió a miles de españoles y europeos de muy distinta condición social y formación. Desde los analfabetos, que se hacían leer la obra, a los doctores; desde el rey hasta los pajes de su cámara...

Muchos estaban deseosos de que apareciera la prometida *Segunda parte* y tercera salida de *Don Quijote*, pero pasó un día y otro día, un mes y otro mes pasó, y seis, siete, ocho, nueve años después, la promesa seguía incumplida.

EL SABIO ALISOLÁN TOMA EL RELEVO DEL LEGO CIDE HAMETE

Cuando ya habían transcurrido cinco años sin que se tuviera noticia de ella, un individuo culto, muy culto —no era un ingenio lego, sin estudios, como se dijo de Cervantes—, pero admirador de la literatura popular que encarnaban tanto el *Quijote* como las comedias de Lope de Vega, decidió cumplir la promesa, al parecer olvidada por el primer autor. Así debió de nacer el *Quijote* firmado por Alonso Fernández de Avellaneda.

No sabemos la fecha en que se compuso, pero en los primeros párrafos alude a un hecho histórico y social de extraordinaria trascendencia:

El sabio Alisolán, historiador no menos moderno que verdadero, dice que, siendo expelidos los moros agarenos de Aragón, de cuya nación él descendía, entre ciertos anales de historias halló escrita en arábigo la tercera salida que hizo del lugar del Argamesilla el invicto hidalgo don Quijote de la Mancha, para ir a unas justas que se hacían en la insigne ciudad de Zaragoza.

Los moriscos de Aragón fueron «expelidos» en virtud de las órdenes que el gobierno del duque de Lerma hizo públicas el 10 de mayo de 1610. Posiblemente, esa es la fecha aproximada en que el autor se dispuso a redactar su obra.

Si aceptamos esa fecha, todo encaja razonablemente bien. En tres años el tal Avellaneda compondría su novela y se decidiría a publicarla, cosa que hizo en Tarragona, en la imprenta de Felipe Roberto, en el verano de 1614.

LOS MISTERIOS DE UNA EDICIÓN

La aparición de este impreso ha estado rodeada de misterios. Incluso se ha sostenido (con muy poco fundamento) que el libro no se imprimió ni en la ciudad ni en la imprenta que figuran en la portada. Durante casi cuatrocientos años la crítica afirmó que este *Segundo tomo del Ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha* no tuvo éxito alguno y que solo conoció una edición en el siglo XVII. Sin embargo, en 2007 Enrique Suárez Figaredo (en su artículo «La verdadera edición príncipe del Qujote de Avellaneda». Lemir, 11, pp. 79-102) observó que, entre los ejemplares conservados en la Biblioteca Nacional de España, con pie de imprenta de 1614, existían diferencias notables, que solo podían explicarse si el libro se había compuesto y editado dos veces.

En efecto, tal y como puede apreciar el que se acerque a la vitrina en que se exponen los ejemplares de las ediciones antiguas o se fije en las reproducciones fotográficas que aparecen en este folleto, las portadas de los volúmenes {1} (CERV.SEDÓ/8669) y {2} (U/3352) presentan el mismo texto y la misma disposición, pero no se han estampado con la misma plancha.



Con ellos podemos ejercitarnos en el conocido juego de las siete diferencias. Al margen de los defectos de impresión (por ejemplo, en {1} hay letras sobre las que no se ha ejercido la presión debida y resultan poco nítidas), las variantes más fácilmente observables son las siguientes:

- En la cuarta línea la preposición y el artículo están unidos en {1} (DELA) y separados en {2} (DE LA)
- En la quinta línea los dos puntos son redondos en {1} (:) y cursivos en {2} (:)
- En la séptima línea la ese de *compuesto* es larga en {1}, mientras que es corta en {2} (*compuesto*)
- El espacio que separa líneas y letras no es idéntico en los dos ejemplares. En algunos puntos este fenómeno resulta particularmente perceptible. Véase, por ejemplo, en la undécima línea la distancia entre el topónimo de *Argamesilla* y su aposición: *patria feliz del hidalgo* (amplia en {1}, y más estrecha en {2}), o en la penúltima línea la separación entre las palabras *Tarragona en* (menor en {1}, y más amplia en {2}).



No hay ninguna duda: el texto tuvo que ser compuesto dos veces, casi con toda seguridad en la misma imprenta, ya que la letra utilizada es la misma, y probablemente, en un corto lapso de tiempo (aunque sobre este punto no tenemos certidumbre alguna).

Estas diferencias no afectan solo a la portada. Las «tripas» de los volúmenes presentan, con los matices que enseguida señalaremos, el mismo tipo de diferencias.

Los impresos conocidos de 1614 fueron compuestos a plana y renglón, es decir, de modo que el texto de cada línea y de cada página coincide (con ocasionales diferencias de poco relieve). Una mirada superficial confundiría una página de {1} con la correspondiente de {2}; pero cuando se observa con atención, empiezan a aparecer cambios gráficos, y errores y erratas. Indudablemente, el texto ha sido compuesto dos veces.

Sin embargo, muy recientemente, Luis Gómez Canseco (en su edición de la novela {15}) ha señalado, tras un minucioso análisis, que determinados cuadernillos de {1} son idénticos a los de {2}. Esta observación no invalida la conclusión anterior; pero nos revela que en algunos volúmenes concretos se reunieron cuadernillos de una y otra estampa. Es lo que, según todos los indicios, ocurrió en el ejemplar CERV.SEDÓ/8669.



VALOR DEL EJEMPLAR CERV.SEDÓ/8669

A pesar de la similar apariencia que ha tenido engañados a filólogos y bibliotecarios durante casi cuatro siglos, en el texto de las dos ediciones existen notables variaciones. En términos generales, podemos decir que el de {1} es más correcto y la composición de {2}, más descuidada, salpicada de erratas y errores (algunos muy burdos).

De los ejemplares examinados hasta ahora por los especialistas, solo el que se conserva en la BNE con la signatura CERV.SEDÓ/8669 (nuestro número {1}) pertenece, en la mayor parte de sus 36 cuadernillos, a la impresión más cuidada. De ahí su extraordinario valor para la fijación del texto, a pesar de que le faltan algunas páginas y presenta roturas y máculas en otras.

No existen datos sobre la prioridad de una edición o de otra. En este punto la información de todos los ejemplares conocidos es idéntica.

A la hora de especular a partir de las variantes que ofrecen los textos analizados, nos encontramos con razones y argumentos contradictorios. Podemos pensar que la composición más correcta es posterior a la más descuidada, y enmienda los errores observados en aquella. Esto, sin duda, acostumbra a ser cierto en los trabajos editoriales realizados con esmero. Sin embargo, el *Quijote* de Avellaneda y los de Cervantes y las comedias de Lope y otros muchos libros del Siglo de Oro nacieron como literatura popular y comercial, dirigida a las masas, y no gozaron de la meticulosa atención de los tipógrafos. Se imprimieron en un papel mediocre o malo, y con manifiesta incuria. En este tipo de producciones, lo más frecuente era que el impresor pusiera cierto cuidado en la primera composición del texto y lo corrigiera con más o menos detenimiento. Si la obra alcanzaba

algún éxito, la segunda impresión se realizaba, muy frecuentemente, con prisas, para atender a las necesidades del mercado, y copiaba servilmente la disposición de la primera (a veces, a plana y renglón) para no tener que pensar en la forma de distribuir el texto.

Por estas razones, y mientras no existan otros datos o argumentos, me inclino a pensar, como todos los especialistas que se han ocupado de este asunto, que el ejemplar CERV.SEDÓ/8669 representa la primera edición del *Quijote* de Avellaneda, mientras que otros ejemplares (los demás de la BNE, el de la Biblioteca de Catalunya, el de la Biblioteca Histórica del Ayuntamiento de Madrid y el de la Hispanic Society of America, que he podido examinar) corresponden a la segunda impresión, más descuidada.

Sorprendentemente, durante siglos los editores han utilizado para fijar el texto ejemplares de la que creemos segunda edición (la menos esmerada) porque, convencidos de que se trataba de una misma tirada, escogieron los volúmenes mejor conservados o más accesibles. En los últimos tiempos, a través de CERV.SEDÓ/8669, hemos podido acceder a un texto más correcto y más próximo al original.

El que se hicieran dos ediciones o, cuando menos, se compusieran dos veces la mayor parte de los pliegos del *Quijote* de Avellaneda en 1614, revela que la obra despertó cierto interés; pero también que el público lector se desentendió de ella en cuanto apareció la *Segunda parte* cervantina un año más tarde, que revalidó, aunque con menos rotundidad, el éxito de la primera.

El relato de Avellaneda quedó en el olvido y tardaría más de un siglo en volverse a editar en español. En 1704 los redactores del *Diario de los sabios*, en su número del 31 de marzo, al reseñar la adaptación francesa de Lesage, confiesan: «no podemos decir si esta traducción es fiel porque no hemos visto el original

español». En 1732 se puso de nuevo al alcance de los lectores, con el título de *Vida y hechos del ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha* {3}. Curiosamente no se presentó como la continuación del *Quijote* de 1605, sino como un complemento de las dos entregas cervantinas. Obsérvese que en la portada se dice que contiene la *cuarta salida* (mientras que en las ediciones de 1614 se lee *tercera salida*, que es la que realmente narró Avellaneda) y que se numera como *Parte II, tomo III* (es decir, el que sigue a los dos publicados por Cervantes).

Algunas frases de la aprobación de 1732, firmada por Agustín de Montiano y Luyando, han provocado siempre la sorpresa y la indignación de los cervantistas:

ningún hombre juicioso sentenciará a favor de lo que Cervantes alega, si forma el cotejo de las dos segundas partes; porque las aventuras de este don Quijote [el de Avellaneda] son muy naturales, y que guardan la rigurosa regla de la verosimilitud; su carácter es el mismo que se nos propone desde su primera salida, tal vez menos estremado, y por eso más parecido; y en cuanto a Sancho, ¿quién negará que está en el de Avellaneda más propriamente imitada la rusticidad graciosa de un aldeano? [...] No es frío y sin gracejo como Cervantes quiere; sus sales tiene no poco gustosas...

En esos elogios le había precedido el adaptador francés Alain-René Lesage; pero hoy nuestro criterio es muy otro: consideramos que las calidades, y en especial el humor, de los *Quijotes* cervantinos son muy superiores, infinitamente más modernos que los de la novela de 1614. El arte de Cervantes ha sabido nave-

gar por el proceloso piélago del tiempo y ha encontrado siempre nuevos y admirados lectores. El de Avellaneda está más anclado en su siglo: es una estimable muestra de la estética y las ideas de la sociedad barroca. No es poco.



DE LA MANO DE LESAGE: LA AVENTURA INTERNACIONAL DEL *QUIJOTE* DE AVELLANEDA

Antes de que la *Vida y hechos del ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha* volviera a ver la luz en Madrid, la obra había conocido un sorprendente éxito internacional. La traducción y adaptación francesa de René Lesage *Nouvelles aventures de l'admirable don Quichotte de la Manche* {4} había aparecido en París en 1704. Se trata de una versión extremadamente libre, ampliada y depurada, que incorpora elementos de la *Segunda parte* cervantina.

Este nuevo *Quijote*, construido a medias entre Avellaneda y Lesage, gozó de excelente acogida en la Europa del siglo XVIII. Mientras el original dormía el sueño de los justos en los olvidados impresos de 1614, la adaptación francesa merecía los honores de verse reeditada con cierta frecuencia, no solo en Francia, sino también en Holanda, Bélgica e Inglaterra, y traducida a otras lenguas europeas.

Rápidamente, en 1705, se pudo leer la versión inglesa {5}; en 1706, la neerlandesa {6} y en 1707 la alemana, que apareció en Copenhague. En la vitrina puede verse la traducción de F. J. Bertuch, en la edición realizada en Weimar y Leipzig entre 1775 y 1777 {7}.

Así pues, a través de esta adaptación francesa, el *Quijote* de Avellaneda recorrió la Europa de la Ilustración al lado de las numerosas ediciones traducidas del original cervantino.

Puede afirmarse incluso que la edición madrileña de 1732 debe su existencia al éxito cosechado por la versión de Lesage.

RIGOR Y MODERNIDAD: LAS NUEVAS EDICIONES DEL QUIJOTE DE AVELLANEDA

A pesar de la excelente acogida, incluso del renombre alcanzado en toda Europa por el *Quijote* de Avellaneda con la ayuda de Lesage, la obra original no volvió a editarse en España a lo largo del siglo XVIII. Hubo que esperar a 1805 para que la madrileña Imprenta de Villalpando lanzara al mercado una nueva estampa en dos volúmenes, que se reimprimió al año siguiente.

Un nuevo salto en el tiempo hasta que en 1851, Cayetano Rosell la incorpora al tomo XVIII de la «Biblioteca de autores españoles». A partir de esta fecha, se sucederán las ediciones de la novela, algunas con bellas encuadernaciones de época, como la barcelonesa de Daniel Cortezo (1884), o con excelentes estudios prologales, como la preparada por don Marcelino Menéndez Pelayo (Barcelona, 1905). En general, puede decirse que el *Quijote* de Avellaneda vivió hasta fechas relativamente recientes en ediciones populares («Biblioteca Sopena», «Colección Crisol», «Colección Austral»...) que permitieron la lectura, pero no contribuyeron a la depuración ni al análisis del texto.

En tanto, se fue creando una amplia literatura crítica en torno a una cuestión que ha obsesionado a los especialistas: la identidad del escritor que se oculta bajo el nombre de Alonso Fernández de Avellaneda. Es materia esta tan intrincada que no puede abordarse en un breve opúsculo como el presente. Sin duda, merece, por sí sola, un extenso tratado y varias exposiciones.

En contraste con esta pasión detectivesca por descubrir quién había cometido «el crimen» de continuar la novela de Cervantes, los intentos de fijar con rigor el texto y de explicar desapasionadamente sus características quedaron relega-

dos durante muchos años. Fuera del estudio prologal de Menéndez Pelayo de 1905, apenas se avanzó hasta la monografía de Stephen Gilman *Cervantes y Avellaneda. Estudio de una imitación* (1951). En el terreno de la fijación y anotación del texto, la labor fundacional la debemos a Martín de Riquer, sobre todo por su edición en «Clásicos castellanos» {8}. Sin olvidar a Fernando García Salinero, que incorporó la novela a «Clásicos Castalia» (1972) {9}, hay que destacar el acierto anotador y la pulcritud filológica de Luis Gómez Canseco en su edición de 2000 {10}, ahora renovada en 2014 {15}. Otras ediciones dignas de ser destacadas por sus aportaciones son las de Javier Blasco {11}, Enrique Suárez Figaredo {12}, primera realizada a partir del ejemplar CERV.SEDÓ/8669, y la minuciosa de Alfredo Rodríguez López-Vázquez {13}. Milagros Rodríguez Cáceres y Felipe B. Pedraza Jiménez {14} han vuelto a cotejar los ejemplares de las dos ediciones de 2014 y han intentado explicar las peculiaridades del relato de Alonso Fernández de Avellaneda en una edición conmemorativa patrocinada por la Diputación de Ciudad Real.

Podemos afirmar que, gracias a la labor de estos y otros investigadores, hoy disponemos del *Quijote* de Avellaneda, depurado y rigurosamente editado; contamos con una amplia anotación que nos permite entenderlo cabalmente, y podemos considerar con serena objetividad sus pretensiones y resultados estéticos, su sentido social y literario, sus puntos de coincidencia y de divergencia con el modelo imitado, y su decisivo influjo en la creación de la *Segunda parte* cervantina de 1615.

Este *Quijote* es, sin duda, una novela estimable, muy representativa de las ideas y los valores de una época apasionante: la que vio convivir a genios como Cervantes, Lope de Vega, Quevedo y tantos otros. ¡Merece la pena leerlo, releerlo y analizarlo!

BIBLIOTECA NACIONAL DE ESPAÑA

Paseo Recoletos, 20 - 22

28071 Madrid

TELÉFONOS

91 580 78 00 (Centralita)

91 580 78 03 / 48 (Información)

91 580 77 59 (Museo)

info@bne.es

museo@bne.es

www.bne.es

HORARIO EXPOSICIÓN

Martes a Sábados de 10 a 20 h

Domingos y Festivos de 10 a 14 h

Último pase 30 minutos antes del cierre

Entrada gratuita



GOBIERNO
DE ESPAÑA

MINISTERIO
DE EDUCACIÓN, CULTURA
Y DEPORTE

BIBLIOTECA
NACIONAL
DE ESPAÑA


BNE